Una Historia para dejar atrás las historias: tres ensayos de Julián Marías

A History to Leave Stories Behind: Three Essays of Julián Marías

ROBERTO RODRÍGUEZ MILÁN

Hellenic Open University

Palabras clave

Julián Marías;
historia de España;
Cervantes; con-
tinuidad cultural;
historia-ficción.

Al concluir el proceso de transición política a la democracia en España, finaliza también la misión del filósofo Julián Marías Aguilera (1914-2005) como senador, pero no la de intelectual activo y atento a la que él considera su función social. Así, sus múltiples reflexiones sobre el pasado y el presente de España, desarrolladas durante el franquismo y la transición, posibilitan ya una profunda revisión de conjunto. Tres son los ensayos que recogen esta empresa: *España inteligible: razón histórica de las Españas* (1985), *Cervantes clave española* (1990), y *España ante la historia y ante sí misma* (1898-1936) (1996). En ellos Marías ofrece su interpretación de la historia de España con la finalidad de superar definitivamente los relatos que, a su juicio, habrían desvirtuado a lo largo del tiempo y en diversas latitudes la comprensión de dicha historia, con resultados nefastos.

Keywords

Julián Marías;
History of Spain;
Cervantes; cultural
continuity; his-
tory-fiction.

With the completion of the Spanish political transition to democracy comes to an end the task of the philosopher Julián Marías as a member of the Spanish Senate. The same cannot be said about his intellectual life, always active and watchful of what he considers his social role as a thinker. Marías will thus undertake an in-depth review of the numerous reflections concerning Spain's past and present he had developed during the Francoist dictatorship and the transition to democracy. Three are the essays collecting this endeavour: *España inteligible: razón histórica de las Españas* (1985), *Cervantes clave española* (1990), and *España ante la historia y ante sí misma* (1898-1936) (1996). In these writings the philosopher gives his interpretation of the Spanish history for the purpose of permanently get over the accounts that, according to him, have distorted across time and in different latitudes the proper understanding of the Spanish past, with dire consequences.

1. Una Historia para superar las historias

“España inteligible: razón histórica de las Españas” es el título de un curso que el filósofo Julián Marías imparte en el madrileño Instituto de España entre 1984 y 1985, a cuyo término se publica el contenido del mismo conservando el título. El autor la considera como su obra esencial de reflexión sobre el país, en la que retoma, ordena y amplía todas sus ideas precedentes, las cuales habían ido fraguando en sucesivas aproximaciones parciales a partir de la publicación de la recopilación de ensayos titulada *Los españoles* (1962). Junto con *Historia de la filosofía* (1941), *España inteligible* (1985) es la obra más comentada de Marías, pese a sus quejas sobre el silencio u olvido en que cae y sobre la merma que ello supone para su posible eficacia.¹ Y ello porque Marías justifica su nueva aportación intelectual señalando que la historia española en general se ha nutrido de “historias”, lo cual significa en primera instancia, que se ha nutrido de lecturas basadas en un enfoque comparativo que tomaba como norma no a España, sino a otras naciones. En segundo lugar, dichas lecturas adolecen de una patente y duradera percepción distorsionada que además es deliberada, no atribuible a una falta de información. Por añadidura, la obsesión por el presunto “problema de España” que atravesaría las letras españolas mantiene una visión asimismo deformada del país hasta bien entrado el siglo XX. En consecuencia, Marías propone una revisión en profundidad de la historia de España para normalizar la percepción que se tiene del país tanto dentro como fuera de él, lo cual supondrá denunciar y desautorizar las historias pretéritas y actuales atentas a una supuesta anomalía española, por un lado, y superar el doble trauma histórico de 1898 y 1936.

Con *España inteligible* Marías vuelve a autoproclamarse continuador de la labor de los representantes de la tradición liberal que diera lugar a la “Edad de Plata” de la cultura española, es decir continuador de Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset, Ramón Menéndez Pidal, Claudio Sánchez Albornoz, Américo Castro, Azorín, Ángel Ganivet y Salvador de Madariaga, a cuyo ideario remite de modo recurrente, sobre todo en el enfoque contrario al positivismo, el materialismo y el determinismo en el estudio del pasado, así como en la concepción de la literatura española —en lengua exclusivamente castellana— como materia prima esencial para cualquier reflexión sobre el país en su devenir histórico. No obstante, Marías aspira a superar los planteamientos de sus predecesores, pero también el carácter parcial, en método y contenidos, de sus propias aportaciones pretéritas. Para ello aplica ahora una aproximación en términos de “razón histórica”:² no se trata de rescribir la historia de España, pues la mera narración de hechos compromete la posibilidad de comprender qué significan, sino de “repensar” su historia, “preguntarse *qué quiere decir* eso que se sabe y que acaso no es verdaderamente comprensible [...] se trata de que España diga, por sí misma, qué es, qué ha querido ser (aunque no haya podido o no la hayan dejado), qué ha resultado a pesar de todo, qué puede ser todavía” (1985: 40, 57). Según el filósofo, la teoría de la razón histórica es una herramienta interpretativa aplicable a cualquier sociedad para mostrar que las comunidades humanas sólo resultan inteligibles a la luz de su “argumento”, oculto tras los simples datos históricos o la usual hermenéutica historiográfica, de modo que “lo que ha sucedido salga a la luz y hable por sí mismo”; aparte de “lo que fue” podrá entenderse también “lo que pudo ser”

¹ Sobre los orígenes, precedentes, circunstancias y valoración de *España inteligible* por su autor, ver Marías, 1985: 254-258, 324-325, 337-338; 1989b: 257, 324; 2002a: 268, 339.

² Para una idea precisa de las coordenadas intelectuales e ideológicas desde las que Marías realiza su reflexión sobre España, ver Marías, 1966: 196; 1981: 76, 255-259; 1985: 158, 421; 1988: 335-338; 1989b: 256, 324-325; 1998: 187-189, 225-227; 2000: 14; Beneyto, 1999: 230, 233, 242; y Raley, 1997: 221.

—el abanico de posibilidades descartadas, desaprovechadas o rechazadas— y vislumbrarse “lo que podrá ser” —la proyección, las posibilidades de futuro para el país— (395, 398, 400, 409).

Marías plantea a continuación la pregunta de rigor en la tradición liberal: “¿Qué es España?”, y sintoniza plenamente con sus predecesores al empezar su respuesta con una descripción del paisaje ibérico, pero se desmarca de ellos en la lectura del pasado. Diversos asuntos han derivado en una interpretación negativa de la historia española, sobre todo la multisecular presencia musulmana, la Inquisición, la destrucción de las civilizaciones americanas precolombinas, la percepción de España como un mosaico de pueblos diversos, y la noción de decadencia. Esta última en particular constituye “la pauta de las interpretaciones dominantes, por lo menos desde hace tres siglos, de la realidad española; y esto incluye, claro es, el futuro” (22); lo peculiar del caso español sería la consideración de que su historia consiste en decadencia, y una parte de la responsabilidad por esta visión deformada recae sobre los predecesores intelectuales de Marías.

Para él, el momento mismo de la invasión musulmana en 711 marca el nacimiento de España, porque “decide ser” cristiana y europea cuando “pudo ser” musulmana y oriental. Nace, pues, de un proyecto improbable, de una ilusión o vocación histórica y existencial: “ser lo que quiere ser” (117-118). En el proceso, España se mantiene siempre en contacto con Oriente y Occidente, y aunque diferente de sus vecinos, resulta casi más europea que ellos por su voluntad histórica de serlo. Así, tras una fase “preespañola” constituida por la Hispania romana, tiene lugar la de “gestación nacional” del Medioevo que lleva al “nacimiento de España” a finales del siglo XV. En el debate sobre el “problema de España” que abre la tradición liberal con la crisis finisecular de 1898, el asunto más controvertido es el del papel histórico de Castilla. Marías lo resuelve proponiendo que, liderada por la cristiandad castellana, España se forma por incorporaciones sucesivas de territorio y contingentes humanos y deviene en la primera nación moderna, pero su evolución no se detiene: su “decisión existencial” la conduce a cumplir su “misión histórica” y lo hace “proyectándose” hacia toda Europa y Occidente; en el proceso crea la primera *Weltpolitik* desde el Imperio Romano y desarrolla la “supernación transeuropea”: “las Españas”, en que la propia España “era una de las Españas” (287). Desde finales del siglo XV, pues, la razón histórica trasciende el ámbito estrictamente ibérico.

El motor del proyecto histórico de las Españas es el de siempre, el cristianismo, pero su continuidad se frustra en el siglo XVI, al emerger en Europa el nacionalismo político y religioso. La “supernación transeuropea” reacciona en forma negativa: se aísla de sus vecinos, exagera la intolerancia contra propios y ajenos, otorga un peso excesivo a la Inquisición y la Iglesia en la vida social y política... De este fracaso histórico surge la noción de decadencia como obsesión paralizadora y destructiva de todas las posibilidades latentes en la realidad española. Al mismo tiempo se despliega en Europa la “leyenda negra antiespañola”: “partiendo de un punto concreto, que podemos suponer cierto, se extiende la condenación y descalificación a *todo el país a lo largo de toda su historia, incluida la futura*”, sin prescribir jamás (202). Con pocas excepciones, los españoles a ambos lados del Atlántico asumen esta interpretación deformada de la realidad, que se mantiene hasta hoy.

El siglo XVIII se revela en general positivo y da lugar a un nuevo proyecto histórico: la propia España. Pero entonces aparecen lecturas deformadoras del pasado elaboradas ahora por los particularismos internos —sobre todo el catalán—, se reactiva la “leyenda negra” dentro y fuera del país, toma cuerpo la convicción irracional de una inferioridad endémica de España y su intelectualidad no afronta estos retos con eficacia. En esta ocasión la desilusión cala hondo

en América, y luego la Revolución francesa produce rechazos y adhesiones que generan la discordia entre ambos extremos del Atlántico y en el interior de España. La independencia americana resulta prematura y genera una fragmentación que aleja unas partes de otras y a todas de España. Una vez más, la causa del fracaso del “proyecto histórico español” la localiza Marías allende la política, la economía y la sociedad: “Aunque parezca excesivo, la raíz principal de nuestros males recientes es *un error intelectual*” (61).

La radicalización decimonónica produce una deriva nacional y aparece la vida política, que desborda su campo estricto, invade todas las facetas de la existencia humana, alimenta un enfrentamiento constante entre “las dos Españas” y, con ello, revitaliza su “leyenda negra”. A finales del siglo XIX el régimen político liberal endereza la trayectoria errática del país, aunque deja pendientes de solución grandes asuntos: el deseo de independencia de los restos del antiguo imperio, la cuestión social y los movimientos regionalistas en trance de convertirse en nacionalismos. El capítulo americano se cierra definitivamente en 1898, pero los otros dos asuntos acusan la crispación ambiental de la pugna entre fascismo y comunismo. Para Marías el desorden y la desorientación mental impiden contemplar las ideas salvadoras que ofrecen los intelectuales, a los que no obstante cabe reprochar la final renuncia a su función social. El resultado es una polarización política radical que degenera en la guerra civil de 1936. En el lado positivo, la actividad de los representantes de la “Edad de Plata” entre 1898 y 1936 cancela el desnivel cultural con Europa, y esta dinámica se mantiene durante la dictadura, la cual, en último término, despolitiza a la sociedad y contribuye a cierta mejora de sus condiciones materiales, sin lograr eliminar la libertad más allá de lo estrictamente político, dejando amplios márgenes de libertad social y personal, que son las que van a permitir la continuidad intrahistórica del país, factor que, a su vez, permitirá superar también esta fase dictatorial.

Para el tratamiento del proceso de transición a la democracia y para sus tesis sobre cultura, sociedad, instituciones y nación, Marías remite una vez más a la argumentación empleada en ensayos anteriores,³ aunque, pese al tiempo transcurrido, mantiene una serie de cautelas estilísticas: ¿Voluntad de “mantener las formas y el buen gusto”? ¿Dejar margen para precisiones y/o rectificaciones futuras? ¿Una combinación de ambos factores? Lo cierto es que, a diferencia de la libertad con que aborda épocas distantes, en el tratamiento del pasado reciente y el presente se multiplican los comentarios oblicuos, los sobreentendidos y las alusiones que no nombran. Sus ideas principales son que la dictadura no es derrocada ni derribada, sino disuelta y absorbida por la sociedad española en un proceso de innovación y legitimación; que el papel de la corona en ello supone un elemento esencial, arropado por una legitimidad social equiparable a la del Setecientos; que la Constitución democrática de 1978 encara las cuestiones social y regional que dejara pendientes el régimen liberal de preguerra, pero persisten las distorsiones derivadas tanto de una interpretación exclusivista de España por parte de quienes niegan su esencial pluralidad, como de una interpretación particularista, generadora de una “historia-ficción” (389) por parte de los nacionalismos periféricos.

Entonces llega el momento de plantearse la España que “podrá ser”. Para Marías, aparte de cancelar el desnivel con Europa, los representantes de la “Edad de Plata” elaboraron un proyecto de regeneración nacional consistente en un europeísmo compartido con las naciones

³ En particular remite a la tetralogía de “la España real”, compuesta por sendas recopilaciones de ensayos que cubren cronológicamente toda la etapa de la transición política a la democracia: *La España real* (1976), *La devolución de España* (1977), *España en nuestras manos* (1978) y *Cinco años de España* (1981).

vecinas. Noqueado ya por la Primera Guerra Mundial, el europeísmo no sobrevive a las conmociones de los años treinta y la Segunda Guerra Mundial; luego es sustituido por un europeísmo de nuevo cuño que empobrece la realidad general del Viejo Continente, pues exalta las regiones en detrimento de las realidades nacionales, que ignora. Por tanto, se hace preciso un nuevo europeísmo que recupere la historia y culturas nacionales para que los países europeos sean ellos mismos y posean así su futuro. Siempre más europea que el resto, España sólo se hace “inteligible” en y desde Europa; así, la europeización constituye un presupuesto del proyecto de la españolización, de la necesaria profundización en la realidad española, que implica asimismo recuperar la proyección hacia fuera, en un proceso de recomposición de “las Españas”: “si algo merece llamarse un ‘mundo’, es el Mundo Hispánico”, distinguido por “la lengua común [...] una historia compartida durante tres siglos; formas sociales, costumbres, lecturas, creencias, estilos de vida; impresión de estar ‘en casa’ en cualquiera de los países, posibilidad de entenderse a media palabra” (412, 414). Semejante recomposición no puede tener naturaleza nostálgica o retrospectiva, sino positiva y proyectiva, en que todos los hispanos tomen posesión de su patrimonio común al completo, para, a continuación, configurar una mentalidad nueva –“nosotros los hispánicos”– que evite la tentación particularista, en que todos los integrantes tengan en cuenta el conjunto. Europeización y españolización constituyen una empresa perfectamente viable merced al “núcleo profundo” del devenir histórico español desglosado en *España inteligible*. Esta reflexión supone asimismo la elaboración de toda una interpretación de la civilización occidental según la cual España, Europa, Hispanoamérica y los Estados Unidos constituyen el Occidente histórico, sólo inteligible atendiendo a sus tres principios constitutivos: el pensamiento helénico, el derecho romano y la tradición judeocristiana (417).

2. Una literatura para entender la historia

Si *España inteligible* pretende ofrecer una interpretación comprensiva y definitiva de la historia de España frente a las historias distorsionadas que los españoles se cuentan a sí mismos u otros les han contado a lo largo de los siglos, *Cervantes clave española* (1990) tiene por finalidad ofrecer una perspectiva personal sobre el máximo exponente de la literatura clásica española poniéndolo en conexión con cuanto lo haría igualmente “inteligible”. Si el ensayo precedente remite a un amplio abanico de escritos anteriores de Marías, *Cervantes clave española* tendría su precedente en el artículo de 1966 “El español Cervantes y la España cervantina”,⁴ aunque ahora la reflexión se amplía y somete a un doble prisma teórico: el de la “razón histórica” y el del “método histórico de las generaciones”, ideado este último para permitir que un individuo –en este caso Miguel de Cervantes– se mueva entre sus coetáneos, las personas de su propio tiempo y circunstancia (Calomarde, 2006: 86-96). El objetivo declarado de Marías consiste en ofrecer una obra narrativa, de ficción, pero apoyada en hechos y datos conocidos sobre “el manco de Lepanto” en su propia circunstancia de escritor. De ello resultaría que Cervantes

no puede ser más español. No se parece a nadie pero es absoluta, radicalmente español; todavía más, no podría ser más que español. [...] No solamente es así, sino que no podemos concebir España sin Cervantes. Si se habla de España es inevitable pensar en él. [...] Si eliminamos a Cervantes de España queda un hueco que no se puede llenar: nos parece que es

⁴ Aparece recopilado en *Ser español*, 2000: 53-87.

clave de España. Y quizá la manera más eficaz de penetrar en lo que es España sea verla en la perspectiva de Cervantes. (16-17)

De salida, pues, Marías realiza un nuevo ejercicio de continuidad con la cultura generada por la tradición liberal, si bien, una vez más, pretende realizar su aportación personal, original, a dicha cultura: ahí donde los representantes de la “Edad de Plata” mantenían una fijación por la figura de Don Quijote (*Visiones*, 2005: *passim*), Marías invierte los términos y encuentra que la clave interpretativa de España y lo español la constituye su creador, que además estaría dotado de toda una serie de rasgos positivos muy alejados del tono pesimista precedente sobre el presunto quijotismo del “carácter español”; además, y como ya se ha visto, el filósofo aborda el tratamiento del asunto desde un cuerpo especulativo más denso que el de sus predecesores. Pero la originalidad se detiene aquí: al fin y al cabo, Marías se mantiene en las mismas coordenadas interpretativas de España y lo español –la literatura española en lengua castellana del “Siglo de Oro”–, sin trascenderlas, y las abundantes referencias a Azorín, Unamuno u Ortega no hacen sino confirmar este extremo.⁵

La necesaria labor de contextualizar a Cervantes implica retomar las ideas reunidas en *España inteligible* en torno a la razón histórica, la génesis histórica de España en su voluntad de ser cristiana y europea, el papel trascendental de Castilla en su constitución, y las causas y consecuencias de la decadencia en la época estricta del escritor de Alcalá de Henares. Esta reiteración de nociones la complementa Marías mediante la aplicación del método histórico de las generaciones, que le permite establecer dos circunstancias críticas de la vida de Cervantes: su inusual –para la época– longevidad y su alejamiento de España durante más de una década, entre Lepanto y el cautiverio en Argel; ambas lo harían escribir con posterioridad a su época, “después de su generación” (1990: 69), cosa que contribuiría a explicar su personalidad distinta y original en las letras del momento, al tiempo que tornarían inteligible al autor y su obra, ambos distinguidos por una “sed” de realidad, libertad, belleza y, fundamentalmente, amor (91). Igualmente se pondría de relieve “el profundo sentido de la unidad de España que aparece en toda la obra de Cervantes, y muy especialmente en su teatro. [...] La condición española domina sobre las diferencias regionales, que por otra parte señala y pone de relieve” (85). Por último, se revelaría la diacrónica “psicología del español” a través de un creador que “no puede ser ni más español ni más que español” (120) y que, además, no transmite impresión alguna de fracaso ni refleja la noción de decadencia de España (96-97, 105-133, 249-264).

El canon de la literatura clásica española que Marías hereda de la “Edad de Plata” vuelve a revelarse, pues, como una forma de conocimiento particular que se torna enseñanza de la historia y que le permite ratificar sus propias tesis sobre la nación, sus unidades regionales de base, su “personalidad histórica”, su condición “transeuropea”, y sobre la notable resistencia al tiempo y capacidad de distorsión de la realidad que tienen ciertos relatos interpretativos de la historia de España. Aquel canon también permite al filósofo hacer hincapié en el valor de la lengua española a través del tiempo y el espacio, y conforma por añadidura el precedente de la filosofía moderna: “Cervantes hace lo que la filosofía hará, naturalmente de otra manera: introducir *la posibilidad como forma de realidad*” (266).

Por su parte, el temple quijotesco, esto es, “auténticamente español”, se aprecia también en la posteridad, en los grandes autores del Siglo de las Luces –José Cadalso, Benito Jerónimo Feijoo, Gaspar Melchor de Jovellanos–, en la guerra de la Independencia de 1808 a 1814, en

⁵ Para Azorín, ver 1990: 129, 222, 233, 263; Unamuno, 1990: 137, 141-142, 151, 185-186, 192, 198, 203, 210, 271, 273-274; y Ortega, 1990: 18-19, 198, 216, 231, 245, 281, 300.

Benito Pérez Galdós y en las diversas generaciones de la tradición liberal –la del 98, la del 14, la del 27–. Para Marías, Cervantes y su mayor creación literaria parecen constituir una suerte de “termómetro” de España y de la españolía con el que puede medirse la fidelidad nacional a su “condición cervantina”. El balance del filósofo sería que, aun con vaivenes, la historia de España no ha cesado jamás de ser cervantina, o sea, “fiel a sí misma”:

En la obra de Cervantes está España: la efectiva y la soñada, que es igualmente real. Es la expresión de España, que se manifestó en sus libros. La obra cervantina entera está hecha de España, como de un material, y al leerla la vamos absorbiendo. No podemos conocer España si no llevamos dentro a Cervantes, porque en él se realizó de manera eminente; y en sus escritos está transparente, inteligible, asimilable [...] Cervantes ha contribuido increíblemente a hacer España; sobre todo a expresarla, a hacerla abarcable y comprensible. (289, 291)

Pero Marías no cierra el presente ensayo sin antes retomar la gran inquietud que refleja buena parte de su ensayismo precedente –incluido, claro está, *España inteligible*– en relación con el pasado del país y, de hecho, motiva y atraviesa *Cervantes clave española*: el olvido e ignorancia de la historia nacional, sobre todo por las jóvenes generaciones; la irrupción de una “historia-ficción” elaborada por los particularismos periféricos; la descalificación de fragmentos enteros de la historia española por intereses partidistas, tanto en el pasado franquista como en el presente democrático. Dada la naturaleza específica del presente ensayo, el filósofo retoma argumentos relacionados con la función de la literatura para afirmar que una causa de los males que afectan a la historia de España radica en que las letras han ido perdiendo su función “sobre todo en las últimas generaciones. Ha sido, durante milenios, la gran interpretación de las realidades históricas y sociales que han alcanzado verdadera realidad, que han sido comprendidas lúcidamente y desde dentro, en forma viva, no estrictamente conceptual, en todo caso no teórica, por innumerables hombres y mujeres” (291-292). En suma, para Marías el conocimiento de esa literatura concreta –el canon de las letras españolas en lengua castellana– es de importancia capital e ineludible para zafarse de las historias deformadoras de la realidad y para llegar a conocer la auténtica historia de España: “el lector de otra época descubre que esa España de fines del siglo XVI y comienzos del XVII no es ‘la suya’, pero es suya, la lleva dentro, y si no la posee no entiende la de su propio tiempo, no acaba de ser él mismo” (296).

3. La continuidad de la cultura española

El ensayo cumbre de Marías para reivindicar la continuidad de la cultura española iniciada por la tradición liberal lo constituye *España ante la historia y ante sí misma (1898-1936)*, que, como los dos precedentes, reúne y amplía las ideas y argumentos que salpican diversos escritos anteriores. Partiendo una vez más del esquema teórico del método histórico de las generaciones, Marías retoma su tesis de que la Generación del 98 –primera hornada de la “Edad de Plata” de la cultura española– marca el inicio de “nuestro tiempo” (1996: 11); entre 1936 y 1939 la guerra civil sólo pone fin a la primera fase de dicho “tiempo”, pero no a su conciencia cultural, que se preserva y mantiene hasta la actualidad. De la misma manera que Cervantes habría rebasado, por su longevidad, los límites naturales de su generación, el ciclo vital de “nuestro tiempo” se ha extendido gracias a la longevidad y actividad de representantes del bloque generacional que nacía con la crisis general de 1898.

Las tres generaciones liberales de preguerra que dan lugar a la “Edad de Plata” —la del 98, la del 14, y en menor medida la del 27—⁶ comparten la convicción de que, desde finales del siglo XIX, el régimen político liberal constituye el punto culminante de la prolongada etapa de desorientación nacional en que anduviera inmersa España, siempre a la zaga de Europa y por debajo de sus propias posibilidades, con un atraso de cerca de una generación en relación con “la altura de los tiempos”. La misión histórica e intelectual de aquellas tres generaciones y sus sucesoras consistiría en cancelar, e incluso trascender, esta anomalía cuyo origen se sitúa entre el estallido de la Revolución francesa en 1789 y la muerte del rey Fernando VII en 1833, lapso temporal en que se gestaba la traumática ruptura entre “las dos Españas” y se iniciaba la trayectoria errática de una nación abrumada.

La crisis finisecular, a partir de 1898, resulta decisiva, pero no explica *per se* la irrupción de una conciencia de “naufragio nacional” entre sectores liberales de la minoría intelectual. Estos sectores empiezan a prestar atención a las dificultades que atraviesa la nación, renovando así la tradicional preocupación por “el problema de España”, que localizan no en cuestiones políticas, sociales o económicas, sino de mentalidad. Para enfrentarse con el “problema” y llevar a cabo la regeneración nacional, la Generación del 98 emprende un descubrimiento y toma de posesión de Castilla, y a través de ella del resto del país, que modifica la manera de interpretar España; a fin de dar comienzo a la transformación y renovación de la mentalidad cultural nacional, se ve impelida a crear nuevos estilos literarios, nuevas metáforas y modos existenciales, y en el proceso cancela el desnivel con el pensamiento europeo. Españolaización y europeización son las dos vías concordantes en el nuevo modo de aproximación a la realidad que cristalizará en la generación que sigue, la de 1914 liderada por José Ortega y Gasset, que aplica a su reflexión un aparato intelectual más teórico, amplio y sistemático, el cual parte de la “realidad histórica” y lleva a la conclusión de que el español debe ser europeo para ser auténticamente español —a diferencia y distancia de un noventayochismo que empezaba a debatirse entre un casticismo destemplado y un europeísmo mimético—.

La reivindicación de la cultura liberal de preguerra no impide a Marías desmarcarse de algunos de sus rasgos definitorios: no suscribe la postura contraria a los Estados Unidos de la Generación del 98 y su valoración del régimen político liberal de la Restauración es más positiva, aunque identifica tres cuestiones cruciales que dicho régimen deja pendientes de solución: la relación de España con los territorios ultramarinos restantes, la cuestión social, y la cuestión regional, con unos particularismos en trance de convertirse en nacionalismos ocasionalmente separatistas. La crisis de 1898 cierra definitivamente la primera cuestión, pero las otras dos se dilatan y degradan y jugarán un papel decisivo en la ruptura de la concordia y consenso nacionales que producen la crisis de 1936. La responsabilidad que Marías atribuye a los representantes de la “Edad de Plata” en esta deriva no es menor. Para el filósofo, las causas de este segundo “naufragio nacional” se encuentran, por descontado, más allá de la política o las condiciones sociales y económicas; dado que España es un país de mentalidad poco utilitaria, poco atenta a la conveniencia, la guerra civil se debería a una serie de “errores intelectuales”: los que Marías reivindica como sus predecesores culturales habían mantenido una interpretación negativa y pesimista de la historia de España en que primaba la idea obsesiva de la decadencia, y demostraban un conocimiento insuficiente del Viejo Continente y su cultura, razón por la cual el estallido de la Primera Guerra Mundial logra quebrantar su fe europeísta; por añadidura, la toma de postura ante este conflicto marcaba el origen de actitudes

⁶ Aunque no integra su análisis en *España ante la historia*, no es menor el interés de Marías por la Generación del 27, ver por ejemplo 1981: 28-42.

partidistas que se prolongarían y agudizarían en los años veinte y treinta, y que generarían lecturas de España cada vez más desfiguradas y parciales, a las que se sumarían las interpretaciones procedentes de los particularismos separatistas. La intelectualidad liberal se extravió entonces por la senda del narcisismo, no supo dotar a su tarea de un sentido colectivo y exhibió una grave falta de solidaridad mutua. Por último, y aunque esto no es privativo de España, la radicalización política produjo la disociación entre masas sociales y minoría intelectual, y ésta se retiró de la vida pública cuando más necesaria era su intervención, traicionando su función social. Así se explica la paradoja de que la “Edad de Plata” iniciada en 1898 acabe en 1936 con una confrontación que reactiva la ruptura entre las “dos Españas”.

El diagnóstico de Marías es que hay en España una incapacidad diacrónica para asimilar los estratos anteriores de la cultura e historia propias, y ello se manifiesta de forma negativa en la tentación recurrente que experimentan los españoles, en diversas épocas y latitudes, de proceder a una descalificación de porciones enteras de su historia y a una lectura politizada de la misma. Ello fue patente durante la Segunda República y no lo sería menos durante el franquismo. El objetivo presente no puede ser otro que tratar de recuperar la memoria histórica de España en su integridad, con especial atención a sus capítulos más desatendidos o aun desacreditados: una percepción completa probaría la continuidad esencial de la trayectoria histórica española y eliminaría de una vez por todas las historias deformadas del pasado y el presente, propias y ajenas, e inmunizaría a la nación frente a los efectos de las distorsiones, permitiéndole enfrentarse a su proyecto histórico.

4. ¿Misión cumplida?

A pesar del reconocimiento oficial de que es objeto Marías⁷ y de su actividad intelectual infatigable, el impacto mediático y la trascendencia social e intelectual de sus reflexiones sobre la historia, la actualidad y la cultura españolas declinan paulatinamente hasta la virtual extinción fuera del círculo estricto de sus seguidores más fieles, cuyas iniciativas inyectan periódicamente cierta actualidad a su obra y persona.⁸ Según Harold Raley, amigo personal de Marías y especialista en su obra, la ignorancia sobre la producción del filósofo no se circunscribe a las

⁷ Aunque en 1964 se le otorgaba ya un reconocimiento institucional al permitirse su elección como miembro de la Real Academia Española, la plena incorporación al mundo de la cultura institucional y reconocimiento público no llegan hasta la restauración de la democracia: en 1980 es nombrado catedrático *honoris causa* de la Universidad de la Ciudad de Buenos Aires y al poco toma posesión de la recién creada cátedra “José Ortega y Gasset de Filosofía Española” de la UNED en España; en 1990 ingresa en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y luego formará parte del comité de expertos de la Exposición Universal de Sevilla (1992); por último, en 1996 obtiene el premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades que comparte con el intelectual y ensayista italiano Indro Montanelli, y en 2001 se le concede la medalla de oro del Mérito al Trabajo. Por una parte, Marías parece obtener mayor satisfacción de otras fuentes, como por ejemplo la presentación en 1998 de la cuarta edición del ensayo de su difunta esposa Dolores Franco *España como preocupación*, título original de *La preocupación de España en su literatura* de 1944. Por la otra, desde su punto de vista y el de sus allegados, este reconocimiento de su obra sería no tardío sino parcial, incompleto, a menudo oscurecido ya no por la censura o la represión de cualquier tipo, como podía esperarse en el pasado dictatorial, sino por el mantenimiento de otra circunstancia que lo acompaña desde el franquismo, el silencio mediático (1981: 305; 1989a: 157-158; 1989b: 335-336).

⁸ Algunos homenajes, con contribuciones posteriormente recogidas en volúmenes al caso (*Homenaje a Julián Marías*, de 1984, *Un siglo de España: Homenaje a Julián Marías*, de 2002); las colaboraciones en prensa de uno de sus hijos, el escritor Javier Marías (“El padre”, “Que por mí no quede”, “Cruceros hundidos”, “Muchos premios, pocas bibliotecas”, “Una celebración particular”, “Pero me acuerdo”).

fronteras intelectuales de España: “la sinceridad me obliga a añadir que su filosofía sigue siendo en gran medida desconocida, o al menos está infrautilizada en la mayor parte del mundo, incluida la propia España [...] hasta donde sé, tampoco ha reconocido nadie las contribuciones que el propio Marías hizo para convertir la razón histórica en un método histórico utilizable” (1997: 28, 220).

Concluida la transición política a la democracia, también los ensayos en clave de breves y puntuales intervenciones de urgencia ante los “males y peligros” que acechan a España carecen ya del eco social de otras épocas. Y ello pese a que los artículos en medios de comunicación periódicos, por naturaleza de mayor circulación social que los libros, constituirán, desde mediados de los años noventa, la totalidad de una producción escrita que el filósofo mantiene prácticamente hasta el final de sus días (Pita, 2004: s. p.). Sin embargo, esta actividad parece aquejada por una fatigosa, casi obsesiva reiteración de asuntos, ideas, argumentos y ejemplos convertidos en clichés, que ya no implican una alternativa disidente respecto de una cultura impuesta, que ya no conectan con el pulso social como lo hicieran en los años setenta y que suponen, en última instancia, tan sólo un producto más en el océano de una oferta cultural masiva, de libre elección y consumo, sometida también a los avatares de la moda.

Pudiera argumentarse que la trilogía compuesta por *España inteligible*, *Cervantes clave española* y *España ante la historia*, entre 1985 y 1996, supone el compendio de toda la reflexión de Marías sobre España, su pasado y su cultura, de su combate intelectual por la auténtica historia del país y contra las historias que la distorsionan, pero supone igualmente una culminación, un saber concluido que no conoce ya ampliaciones, matices, revisiones: que no conoce evolución, en suma. Sus últimos escritos nos sacan de toda duda en su permanente e invariable remitir al lector a los ensayos del pasado, y a la luz de esta obra precedente la lectura de los nuevos textos se revela prácticamente superflua.

Por otra parte, desde los años ochenta la mitigación de la resonancia social de los intelectuales es un fenómeno general, no circunscrito a Marías, y no se observa exclusivamente en España. Y quizá su importancia haya sido de un orden que Raley no lograba aún establecer: como señala el filósofo Fernando Savater con ocasión de la extinción física de Julián Marías en Madrid el 15 de diciembre de 2005, este último ha sido “una de esas personas que acercó la filosofía al gran público” y ha resultado muy importante en la formación intelectual de nuevas generaciones de pensadores, entre las cuales se incluye el propio Savater.⁹

En cualquier caso, la reflexión de Marías es un referente obligado para abordar el estudio de un mundo cultural español tal vez periclitado, pero sin duda aún cercano y valioso, el de la “Edad de Plata”. Igualmente es un referente obligado para comprender las inquietudes y aspiraciones de una parte de la intelectualidad española que, durante la larga dictadura, quiso ver en su pasado inmediato una Arcadia cultural, no para refugiarse en ella o añorarla, sino a la que era posible y necesario insuflar vida; dadas las circunstancias del franquismo, el hecho de que esta cultura medrara implicaría que tenía vigencia en sectores no desdeñables de la sociedad –dentro y fuera del régimen–, y lo mismo pondría de manifiesto la importancia del ensayismo de Marías en el lento y delicado proceso de transición política a la democracia.

⁹ Ver <http://www.filosofia.org/bol/not/bn050.htm#t15>. Igualmente interesantes son las observaciones sobre la importancia de Marías como investigador y teórico de la historia, al mismo nivel que Vicens Vives, Tierno Galván o Aranguren, o sobre la influencia de sus ideas en historiadores actuales como Juan Pablo Fusi o Carlos Seco Serrano, ver 2002b: 67-68, 222-223.

BIBLIOGRAFÍA:

MARÍAS, Julián (1966 [1962]). *Obras de Julián Marías VII* (pp. 13-290). Madrid: Revista de Occidente.

MARÍAS, Julián (1981). *Cinco años de España (conclusión de La España real)*. Madrid: Espasa Calpe.

MARÍAS, Julián (1998 [1985]). *España inteligible: razón histórica de las Españas*. Madrid: Espasa Calpe.

MARÍAS, Julián (1988). *Una vida presente: Memorias 1 (1914-1951)*. Madrid: Alianza.

MARÍAS, Julián (1989a). *Una vida presente: Memorias 2 (1951-1975)*. Madrid: Alianza.

MARÍAS, Julián (1989b). *Una vida presente: Memorias 3 (1975-1989)*. Madrid: Alianza.

MARÍAS, Julián (2003 [1990]). *Cervantes clave española*. Madrid: Alianza.

MARÍAS, Julián (1996). *España ante la historia y ante sí misma (1898-1936)*. Madrid: Espasa Calpe.

MARÍAS, Julián (1998). *El curso del tiempo, 1*. Madrid: Alianza.

MARÍAS, Julián (2001 [2000]). *Ser español: Ideas y creencias en el mundo hispánico*. Barcelona: Planeta.

MARÍAS, Julián (2002a). *Entre dos siglos*. Madrid: Alianza.

BENEYTO, José María (1999). *Tragedia y razón: Europa en el pensamiento español del siglo XX*. Madrid: Santillana.

CALOMARDE, Joaquín (2006). Julián Marías, la presencia de una vida. *Debats* 92 (Valencia), 86-96.

PITA, Elena (2004). Conversaciones íntimas con... Julián Marías. Entrevista. 30 de noviembre de 2004. Disponible en:

<https://www.elmundo.es/magazine/2001/107/1002813420.html> [Última consulta: 17/10/2019].

RALEY, Harold (1997). *Julián Marías: Una filosofía desde dentro*. Madrid: Alianza.

SAVATER, Fernando (2005). Julián Marías: Savater destaca su importancia a la hora de ‘acercar’ la filosofía ‘al gran público’. *Agencia Europa Press*, 15 de diciembre de 2005. Disponible en: <http://www.filosofia.org/bol/not/bn050.htm#t15> [Última consulta: 17/10/2019].

VV. AA. (2002b). *Un siglo de España: Homenaje a Julián Marías*. Madrid: Alianza.

VV.AA. (2005). *Visiones del Quijote desde la crisis española de fin de siglo*. Madrid: Visor.